

SAN AGUSTÍN DE HIPONA

LA CONTINENCIA

De Continentia



SABBATISMUS

San Agustín de Hipona (354–430)
De Continentia · La continencia

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego
(Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan
Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

[SOBRE LA CONTINENCIA.]

ADVERTENCIA SOBRE EL SIGUIENTE LIBRO.

El propio Agustín reconoce su libro sobre la Continencia en la Epístola 262, al conde Darío. Posidio menciona la misma obra en su Índice, capítulo 10, y Beda o Floro incluye en sus colecciones algunos extractos del mismo libro, al igual que Eugipio, quien está más cerca del tiempo de Agustín. De aquí se refuta la censura de Desiderio Erasmo, que antepuso al inicio del libro, de que a él le parecía que era de Hugo, y que la fraseología argumentaba que no era de Agustín. El estilo y la dicción, al menos a nuestro juicio, son enteramente similares a muchos de los Sermones de Agustín, especialmente a aquellos que pronunció o dictó en sus primeros años. Que este libro sea, en efecto, un cierto Sermón, por lo cual lo omitió en las Retracciones de sus libros, se declara suficientemente en el mismo exordio. Así, de hecho, lo llaman los libros antiguos, al igual que Posidio, Eugipio y Floro. Nadie negaría que se remonta convenientemente a sus primeros años; ya que es a la vez un Sermón bastante largo, y en gran parte contra los maniqueos, cuya herejía Agustín solía perseguir principalmente al comienzo de su conversión.

SAN AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPO-
NA, SOBRE LA CONTINENCIA, UN LIBRO.
(C)

Explica dos versículos del Salmo 140: Pon, Señor, una guardia a mi boca, y una puerta de

continencia alrededor de mis labios: no inclines mi corazón a palabras malignas, para inventar excusas en los pecados. Y tomando de allí el argumento de su sermón, enseña que la virtud de la Continencia tiene por deber reprimir las concupiscencias tanto del cuerpo como del alma, y universalmente velar por refrenar los deleites de la concupiscencia, que se oponen al deleite de la sabiduría. Ordena que no confiemos en nuestras propias fuerzas al luchar contra la concupiscencia, la cual a la verdad se conoce por la ley, pero no se vence sino por la gracia. Reprende a los soberbios que presentan diversas excusas en sus pecados: género en el cual refuta más laboriosamente a los maniqueos, más inicuos, quienes atribuían sus pecados a la naturaleza del mal insertada en ellos mismos, y demuestra a partir del mismo apóstol que el pasaje del Apóstol a los Gálatas V, 17, Porque la carne codicia contra el espíritu, etc., con el que querían demostrar que existían dos naturalezas, la del bien y la del mal, fue mal entendido por esos herejes.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La continencia de la concupiscencia de la carne es don de Dios. La continencia de la boca es ella misma don de Dios. La boca del cuerpo y la boca del corazón. Es difícil disputar con la debida conveniencia y dignidad sobre la virtud del alma, la cual se llama Continencia: pero bajo la carga de tan gran peso, auxiliará nuestra pequeñez aquel cuyo gran don es esta virtud. Porque el que la da a sus fieles continentes, él mismo da la palabra

a sus ministros que hablan de ella. Por tanto, sobre cosa tan grande, al disponer a hablar lo que él mismo ha dado, decimos en primer lugar y probamos que la continencia es don de Dios. En el libro de la Sabiduría tenemos escrito, que nadie puede ser continente a menos que Dios se lo conceda (Sab. VIII, 21). Pero el Señor, acerca de aquella misma y más gloriosa continencia, por la cual se contiene del vínculo conyugal, dice: No todos comprenden esta palabra, sino aquellos a quienes es dado (Mat. XIX, 11). Y puesto que la misma castidad conyugal, si no se contiene del concubinato ilícito, no puede custodiarse; el Apóstol predicó que ambas son don de Dios, cuando acerca de ambas vidas, es decir, de la conyugal, y de la que es sin vínculo conyugal, hablaba diciendo: Quisiera que todos los hombres fuesen como yo mismo: pero cada uno tiene su propio don de Dios; uno de esta manera, pero otro de aquélla (I Cor. VII, 7).

2. Y para que no pareciera que la continencia deba esperarse del Señor sólo en la concupiscencia de las partes inferiores de la carne, también se canta en el Salmo: Pon, Señor, una guardia a mi boca, y una puerta de continencia alrededor de mis labios. Empero en este testimonio del elocuente hablar divino, si entendemos la boca como debemos entenderla, reconocemos cuán grande don de Dios es la continencia allí puesta. Porque en suma es poco contener la boca del cuerpo, para que de allí no irrumpa por el sonido de la voz algo que no conviene. Pues adentro está la boca del corazón, donde aquel que dijo esas

palabras, y nos las dejó escritas para ser dichas, deseó que le fuesen puestas una guardia y una puerta de continencia por el Señor. Pues muchas cosas no decimos con la boca del cuerpo, y las clamamos con el corazón: pero ninguna palabra de ninguna cosa procede de la boca del cuerpo, cuyo silencio esté en el corazón. De allí pues, lo que no mana, afuera no suena: pero empero lo que de allí mana, si es malo, aunque no mueva la lengua, contamina al alma. Allí por tanto se ha de poner la continencia, donde habla la conciencia aun de los que callan. Pues por la puerta de la continencia sucede, que de allí no salga lo que, aun con los labios de la carne cerrados, contamina la vida del que piensa.

CAPÍTULO II.

3. La boca del corazón, con la cual el consentimiento se expresa como una palabra interior. La continencia del corazón recomendada por Cristo bajo el nombre de la boca. La continencia del corazón a veces se viola sin que el cuerpo sea violado. Si se retiene la continencia del corazón, no se peca contra la continencia del cuerpo. Finalmente, para mostrar más abiertamente la boca interior, que significó por aquellas palabras, habiendo dicho: Pon, Señor, una guardia a mi boca, y una puerta de continencia alrededor de mis labios; inmediatamente añadió: No inclines mi corazón a palabras malignas (Sal. CXL, 3, 4). ¿Qué es la inclinación del corazón, sino el consentimiento? Pues aún no ha hablado, aquel que en su corazón no ha consentido a las sugerencias de

cualesquiera visiones que se le ocurran, con ninguna inclinación de su corazón. Pero si consistió, ya lo dijo en el corazón, aunque con la boca no haya sonado: y aunque no lo haya hecho con la mano o con cualquier parte de su cuerpo, sin embargo hizo lo que por su pensamiento ya había determinado que debía ser hecho; reo ante las leyes divinas, aunque escondido a los sentidos humanos; habiendo dicho la palabra en el corazón, sin admitir ningún hecho por el cuerpo. De ninguna manera, en verdad, movería el miembro afuera en una obra, si el comienzo de tal obra no hubiera precedido adentro en la palabra. Porque tampoco está escrito falsamente, el comienzo de toda obra, es la palabra. Pues por cierto los hombres hacen muchas cosas con la boca cerrada, la lengua quieta, la voz refrenada: pero sin embargo no hacen nada por una obra del cuerpo, que no hayan dicho primero en su corazón. Y por esto puesto que hay muchos pecados en los dichos interiores, que no están en los hechos exteriores; y en cambio no hay ningunos en los hechos exteriores, que no precedan en los dichos interiores: habrá de ambos la pureza de la inocencia, si se pone una puerta de continencia alrededor de los labios interiores.

4. Por lo cual también el mismo Señor con su propia boca dice: Limpiad lo que está adentro, y lo que está afuera será limpio (Mat. XXIII, 26). Y asimismo en otro lugar al refutar la necia palabrería de los judíos, porque calumniaban a sus discípulos que comían sin lavarse las manos: No lo que entra en la boca, dice, contamina al hombre; sino

lo que sale de la boca, esto contamina al hombre. Si se tomare toda esta sentencia sobre la boca del cuerpo, es absurda. Porque a quien no contamina el alimento, no lo contamina el vómito. Pues por cierto el alimento entra en la boca, el vómito sale de la boca. Pero sin duda las primeras palabras pertenecen a la boca de la carne, donde dice: No lo que entra en la boca, contamina al hombre; mas las posteriores a la boca del corazón, donde dice: sino lo que sale de la boca, esto contamina al hombre. Finalmente, cuando el apóstol Pedro le pidió una explicación como de esta parábola, él respondió: ¿Aún también vosotros estáis sin entendimiento? ¿no entendéis, que todo lo que entra en la boca, va al vientre, y se echa en la letrina? Aquí ciertamente la boca en la que entra el alimento, reconocemos que es la de la carne. Pero en aquellas cosas que añade, para que reconociéramos la boca del corazón, no le seguiría la tardanza de nuestro corazón, si la Verdad no se dignara caminar también con los tardos. Porque dice: Pero lo que sale de la boca, del corazón sale; como si dijera: Cuando oyes de la boca, entiende del corazón. Digo ambas cosas; pero explico la una a partir de la otra. Tiene boca interior el hombre interior, y esto lo discierne el oído interior: de esta boca las cosas que proceden, salen del corazón, y esas contaminan al hombre. Después, dejando ya el nombre de boca, que también puede entenderse del cuerpo, muestra más abiertamente qué es lo que dice: Pues del corazón salen, dice, los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos,

los falsos testimonios, las blasfemias: estas son las cosas que contaminan al hombre (Id. XV, 11-20). Nada hay ciertamente de esos males, que pueden perpetrarse aun con los miembros del cuerpo, a lo que no anteceda el mal pensamiento, y contamine al hombre, aunque algo impida que se sigan las obras flagiciosas y facinerosas de los miembros. Porque si por no darse la potestad, la mano queda vacante de asesinar a un hombre, ¿acaso por eso está limpio de crimen el corazón del homicida? O si arrebatarse la cosa ajena, no puede como él quiere, ¿acaso por eso en la voluntad misma no es ladrón? O si es casta la que quiere adulterar el no casto, ¿por eso no ha cometido adulterio con ella en el corazón? O si no se halla meretriz en el lupanar, ¿por eso el que la busca, no fornicar en su mente? O si al que desea herir al prójimo mediante la mentira, le falta el tiempo o el lugar, ¿acaso por eso no ha dicho ya falso testimonio con la boca interior? O si alguien temiendo a los hombres, no se atreve a sonar blasfemia con la lengua de la carne, ¿por eso no es reo de este crimen el que dice en su corazón: No hay Dios (Sal. XIII, 1)? Así los demás malos hechos de los hombres, que ningún movimiento del cuerpo obra, que ningún sentido del cuerpo conoce, tienen a sus reos ocultos; a quienes aun el solo consentimiento en el pensamiento los contamina, esto es, la palabra maligna de la boca interior. En lo cual temiendo aquel que su corazón sea declinado, pide al Señor que se ponga una puerta de continencia alrededor de los labios de esta boca, que contenga al corazón, para que no sea declinado a

palabras malignas: y lo contenga, no permitiendo que el pensamiento proceda al consentimiento; porque así, según el precepto apostólico, no reina el pecado en nuestro cuerpo mortal, ni exhibimos nuestros miembros como armas de iniquidad al pecado (Rom. VI, 12, 13). Del cumplimiento de cuyo precepto ciertamente están ajenos, los que por esto no mueven sus miembros a pecar, porque no se les permite ninguna potestad: la cual si estuviese presente, inmediatamente de los movimientos de los miembros como de armas, muestran quién reina dentro de ellos. Por consiguiente, por cuanto está en ellos, exhiben sus miembros como armas de iniquidad al pecado; porque quieren esto, lo cual por eso no exhiben, porque no pueden.

5. Y por esto aquella castidad, que refrenados los miembros genitales, suele ser llamada máxima y propiamente continencia, no se viola por ninguna transgresión, si la continencia superior, de la cual venimos hablando hace tiempo, se conserva en el corazón. Por eso el Señor, habiendo dicho: Pues del corazón salen los malos pensamientos; después, siguiendo lo que pertenece a los malos pensamientos añadió: los homicidios, los adulterios, y lo demás. Tampoco dijo todo; sino que nombrando ciertas cosas por vía de ejemplo, amonestó a que se entendieran otras. De las cuales nada hay que pueda hacerse, si no precede el mal pensamiento, por el cual se instituye adentro lo que se obra afuera; y procediendo de la boca del corazón, ya contamina al hombre, aunque no permitiéndose ninguna facultad no

se obre afuera por los miembros del cuerpo. Por tanto, puesta la puerta de la continencia en la boca del corazón, de donde salen todas las cosas que contaminan al hombre, si no se permite salir de allí nada semejante, sigue la limpieza con la cual la conciencia ya puede gozarse; aunque todavía no sea aquella perfección, en donde la continencia no luchará con el vicio. Ahora en cambio mientras la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gál. V, 17), nos es suficiente no consentir a los males que sentimos en nosotros. Pero cuando se produce ese consentimiento, entonces sale de la boca del corazón lo que contamina al hombre. En cambio cuando por la continencia no se retiene el consentimiento, no se permite que dañe el mal de la concupiscencia carnal, contra la cual pugna la concupiscencia espiritual.

CAPÍTULO III.

6. La lucha de la continencia contra las concupiscencias mientras estamos en esta vida. La lucha interna de las concupiscencias no la experimentan sino los guerreros de las virtudes. La concupiscencia se conoce por la ley, y no se vence sino por la gracia. Se ha de luchar para que no reine la concupiscencia del pecado. Las obras de la carne deben ser mortificadas. Pero una cosa es luchar bien, lo que es ahora, cuando se resiste a la contienda de la muerte; otra no tener adversario, lo que será entonces, cuando el último enemigo, la muerte, sea destruida (I Cor. XV, 26). Pues la continencia misma, cuando enfrena y cohíbe

las concupiscencias, al mismo tiempo también apetece el bien a cuya inmortalidad tendemos, y rechaza el mal con el cual contendemos en esta mortalidad. De aquel, por cierto, es amante y espectadora, pero de este es tanto enemiga como testigo; tanto apeteciendo el decoro, como huyendo de la deshonra. Por cierto, la continencia no trabajaría en refrenar los deseos, si nada nos agradara contra lo que es decoroso, si nada de la mala concupiscencia repugnara a nuestra buena voluntad. Clama el Apóstol: Sé, dice, que no habita en mí, esto es, en mi carne, el bien. Porque el querer lo tengo junto a mí, pero el perfeccionar el bien, no lo hallo. Porque ahora puede hacerse el bien, en que no se consienta a la mala concupiscencia; mas se perfeccionará el bien, cuando la misma mala concupiscencia se termine. Y también el mismo doctor de los Gentiles clama: Me deleito en la ley de Dios según el hombre interior; pero veo otra ley en mis miembros, que repugna a la ley de mi mente (Rom. VII, 18, 22, 23).

7. Esta lucha no la experimentan en sí mismos sino los guerreros de las virtudes y los debeladores de los vicios: ni expugna al mal de la concupiscencia, sino el bien de la continencia. Mas hay quienes, ignorando por completo la ley de Dios, ni siquiera cuentan entre sus enemigos a las malas concupiscencias, y sirviéndolas con miserable ceguera, además se creen incluso bienaventurados, saciándolas más bien que domándolas. Pero los que por la ley las conocieron (Pues por la ley es el conocimiento del pecado [Id. III, 20]; y, A la concupiscencia, dice, no la conocía, si la ley no

dijera: No codiciarás, [Id. VII, 7]), y sin embargo son vencidos por su ataque, porque viven bajo la ley, por la cual se manda lo que es bueno, mas no se da también; no viven bajo la gracia, que da por el Espíritu Santo lo que por la ley se manda: a estos, por tanto, se introdujo la ley, para que abundase en ellos el delito (Id. V, 20). Aumentó la prohibición la concupiscencia, y la hizo invicta; para que se añadiese la prevaricación, que sin la ley no existía, aunque existiese el pecado. Pues donde no hay ley, tampoco hay prevaricación (Id. IV, 15). Así la ley, sin la ayuda de la gracia, prohibiendo el pecado, se hizo además la fuerza del pecado: de donde dice el Apóstol: La fuerza del pecado es la ley (I Cor. XV, 56). Y no es de admirar que la flaqueza humana añadiese fuerzas al mal incluso de la ley buena, mientras confió en sus propias fuerzas para cumplir la misma ley. Pues ignorando la justicia de Dios, que él da al enfermo, y queriendo establecer la suya propia, de la que carece el enfermo, no se ha sujetado a la justicia de Dios, siendo réprobo y soberbio (Rom. X, 3). Pero si la ley como pedagogo conduce a la gracia al hecho prevaricador, como herido más gravemente para que desee al médico; contra la suavidad nociva con la que vencía la concupiscencia, el Señor da una suavidad benéfica con la cual deleite más ampliamente la continencia, y nuestra tierra da su fruto (Sal. LXXXIV, 13), con el cual se apacienta el soldado, que con la ayuda de Dios derrota al pecado.

8. La trompeta apostólica enciende para la batalla a tales soldados con ese sonido: No reine,

pues, dice, el pecado en vuestro cuerpo mortal para obedecer a sus deseos; ni exhibáis vuestros miembros al pecado como armas de iniquidad: sino exhibíos a vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y a vuestros miembros a Dios como armas de justicia. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros. Pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia (Rom. VI, 12-14). Y en otro lugar: Por tanto, dice, hermanos, somos deudores no a la carne, para que vivamos según la carne. Porque si viviereis según la carne, moriréis: mas si por el espíritu mortificareis las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios (Id. VIII, 12-14). Por eso pues interviene ahora, mientras esta vida nuestra mortal está bajo la gracia, que el pecado, esto es, la concupiscencia del pecado (pues a esta la llama con el nombre de pecado en este lugar), no reine en nuestro cuerpo mortal. Pero entonces se muestra que reina, si se obedece a sus deseos. Hay por tanto en nosotros concupiscencia de pecado, a la cual no se le debe permitir reinar: hay deseos suyos, a los cuales no se debe obedecer, para que no reine sobre los que obedecen. Por lo cual que la concupiscencia no usurpe para sí nuestros miembros, sino que la continencia los vindique para sí; a fin de que sean armas de justicia para Dios, para que no sean armas de iniquidad para el pecado: pues así el pecado no se enseñoreará de nosotros. Pues no estamos bajo la ley, que ciertamente manda el bien, pero no lo da: sino que estamos bajo la gracia, la cual haciendo

que amemos lo que la ley manda, puede imperar sobre los libres.

9. Y asimismo cuando exhorta a que no vivamos según la carne, para que no muramos, sino que por el espíritu mortifiquemos las obras de la carne, para que vivamos; la trompeta por cierto que suena, muestra la guerra en la cual nos hallamos, y nos enciende para que luchemos ardentemente y mortifiquemos a nuestros enemigos, para que no seamos mortificados por ellos. Pero quiénes sean estos enemigos, lo expresó con bastante evidencia. Porque aquellos a quienes quiso que mortificáramos, son los mismos, a saber, las obras de la carne. Pues así dice: Mas si por el espíritu mortificareis las obras de la carne, viviréis. Y para que sepamos cuáles son, oigamos también al mismo escribiendo y diciendo a los Gálatas: Manifiestas son, pues, las obras de la carne, que son fornicaciones, inmundicias, lujurias, servicio a los ídolos, hechicerías, enemistades, contiendas, emulaciones, animosidades, disensiones, herejías, envidias, embriagueces, orgías, y cosas semejantes; de las cuales os predigo, como ya os lo he predicho, que los que tales cosas hacen, no poseerán el reino de Dios. Porque incluso allí mostraba la guerra misma, para decir estas cosas, y excitaba a los soldados de Cristo a mortificar a estos enemigos con la misma celestial y espiritual trompeta. Pues arriba había dicho: Digo pues, andad en el espíritu, y no cumpliréis los deseos de la carne. Porque la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne. Pues estos se oponen entre sí, para que no hagáis

lo que quisierais. Mas si sois guiados por el espíritu, no estáis bajo la ley. Por tanto, quiere que los constituidos bajo la gracia tengan este conflicto contra las obras de la carne. Y para demostrar estas obras de la carne, añadió las que he conmemorado arriba: Manifiestas son, pues, las obras de la carne, que son fornicaciones, y lo demás, ya sea las que conmemoró, ya sea las que amonestó a que se entendieran, añadiendo especialmente, y cosas semejantes a estas. Finalmente en esta batalla contra el ejército en cierto modo carnal como produciendo otra formación espiritual: Mas el fruto del espíritu es, dice, caridad, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, continencia: contra tales cosas no hay ley. No dice, contra estas; para que no se pensara que fuesen las únicas: aunque si dijese esto, deberíamos entender todas las que pudiésemos pensar, de bienes del mismo género: sino que dice, contra tales cosas; es decir estas y cualesquiera que fuesen semejantes. Sin embargo, en cuanto a que en los bienes que conmemoró, puso la continencia en el último lugar, sobre la cual ahora hemos emprendido disputar, y por cuya causa ya hemos dicho muchas cosas, quiso especialmente que ella se adhiriera a nuestras mentes. Pues por cierto vale muchísimo en esta guerra, en la cual el espíritu codicia contra la carne; puesto que en cierto modo crucifica a las mismas concupiscencias de la carne. De donde habiendo dicho esto el Apóstol, inmediatamente añadió: Mas los que son de Cristo Jesús, han crucificado su carne con sus pasiones y concupiscencias (Gál.

V, 16-24). Esta es la acción de la continencia: así se mortifican las obras de la carne. En verdad mortifican a aquellos que, deficiente de la continencia, la concupiscencia arrastra al consentimiento de perpetrar tales obras.

CAPÍTULO IV.

10. Para que la continencia pueda conservarse, se ha de evitar la presunción de las propias fuerzas. Vivir según el hombre, y vivir según la carne, es lo mismo. Ahora bien, para que no desfallezcamos de la continencia, debemos velar especialmente contra aquellas insidias de las sugerencias diabólicas, para que no presumamos de nuestras fuerzas. Porque maldito es todo aquel que pone su esperanza en el hombre (Jer. XVII, 5). ¿Y quién es este, sino el hombre? Luego no puede decir verdaderamente que no pone su esperanza en el hombre, el que la pone en sí mismo. Pues también esto, vivir según el hombre, ¿qué es sino vivir según la carne? Oiga por tanto el que es tentado por semejante sugerencia, y si tiene algún sentido cristiano, tiemble: oiga, digo, Si viviereis según la carne, moriréis.

11. Pero alguien me ha de decir que una cosa es vivir según el hombre, y otra vivir según la carne: porque el hombre evidentemente es una criatura racional, y en él la mente es racional, con la cual difiere de la bestia; la carne en cambio es la parte ínfima y terrena del hombre, y por eso vivir según ella es vicioso: por lo cual aquel que vive según el hombre, ciertamente no vive según la carne, sino que más bien vive según aquella parte del hom-

bre por la cual es hombre, esto es, según el espíritu de la mente, con la cual aventaja a las bestias. Pero esta disputa quizá valga algo en las escuelas de los filósofos: nosotros en cambio para entender al Apóstol de Cristo, debemos advertir de qué manera suelen hablar los libros cristianos. Es por cierto la fe de todos nosotros, para quienes Cristo es la vida, que el hombre fue asumido por el Verbo de Dios, ciertamente no sin alma racional, como quieren algunos herejes; y sin embargo leemos, El Verbo se hizo carne (Juan I, 14). ¿Qué se ha de entender aquí por carne, sino al hombre? Y toda carne verá la salvación de Dios (Luc. III, 6); ¿qué puede entenderse, sino todo hombre? A ti vendrá toda carne (Sal. LXIV, 3); ¿qué es, sino todo hombre? Le has dado potestad sobre toda carne (Juan XVII, 2); ¿qué es, sino sobre todo hombre? Por las obras de la ley no se justificará toda carne (Rom. III, 20); ¿qué es, sino ningún hombre se justificará? Lo cual expresando más manifiestamente el mismo apóstol en otro lugar, dice: El hombre no será justificado por las obras de la ley (Gál. II, 16). También increpa a los Corintios diciendo: ¿Acaso no sois carnales, y andáis según el hombre (I Cor. III, 3)? Habiéndolos llamado carnales, no dice: andáis según la carne; sino, según el hombre: porque esto también ¿qué quiso que se entendiera, sino según la carne? Pues ciertamente si se anduviera, esto es, se viviera culpablemente por cierto según la carne, pero loablemente según el hombre, no diría reprochándoles: andáis según el hombre. Reconozca el hombre el oprobio, mude de propósito, evite la perdición. Oye, hombre; no

quieras andar según el hombre, sino según aquel que hizo al hombre: de aquel que te hizo, no quieras desertar ni siquiera hacia ti. Pues hombre decía, el que sin embargo no vivía según el hombre: No porque seamos suficientes para pensar algo por nosotros como de nosotros mismos; sino que nuestra suficiencia es de Dios (II Cor. III, 5). Mira si vivía según el hombre, aquel que decía verdaderamente estas cosas. El Apóstol por tanto amonestando al hombre, para que no viva según el hombre, reintegra el hombre a Dios. Mas quien no vive según el hombre, sino según Dios, por cierto tampoco vive según sí mismo; porque él mismo también es hombre. Pero por eso se dice también que vive según la carne, cuando vive así; porque incluso nombrada solo la carne se entiende el hombre, lo cual ya hemos mostrado: así como nombrada solo el alma se entiende el hombre; de donde se dijo: Toda alma esté sometida a las potestades superiores (Rom. XIII, 1), esto es, todo hombre; y, Setenta y cinco almas descendieron a Egipto con Jacob (Gén. XLVI, 27), esto es, setenta y cinco hombres. No quieras por tanto vivir según ti mismo, oh hombre: por ahí habías perecido, pero has sido buscado. No quieras, digo, vivir según ti mismo: por ahí habías perecido, y has sido encontrado. No quieras acusar a la naturaleza de la carne, cuando oyes, Si viviereis según la carne, moriréis. Pues así pudo decirse, y verdísimamente pudo decirse: Si viviereis según vosotros, moriréis. Porque el diablo no tiene carne, y sin embargo porque quiso vivir según sí mismo, no permaneció en la verdad. ¿Qué extraña, pues,

si viviendo según sí mismo, cuando habla mentira, de lo suyo habla (Juan VIII, 44)? lo cual dijo verdaderamente de él la Verdad.

CAPÍTULO V.

12. No confíe de sí mismo el que quiere vencer la concupiscencia del pecado. La excusa de los pecados debe ser reprimida por la continencia. Diversas excusas en los pecados. La acusación del destino, de la fortuna, del diablo, pero de Dios mismo por los maniqueos. Cuando por tanto oyes: El pecado no se enseñoreará de vosotros; no quieras confiar de ti, para que el pecado no se enseñoree de ti; sino de aquel a quien le dice orando un cierto santo: Dirige mis pasos según tu palabra, y no se enseñoree de mí ninguna iniquidad (Sal. CXVIII, 133). Pues para que no fuera que, habiendo oído: El pecado no se enseñoreará de vosotros, nos exaltáramos nosotros mismos, y atribuyésemos esto a nuestras fuerzas, al punto vio esto el Apóstol, y añadió: Pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia (Rom. VI, 14). La gracia, así pues, hace que el pecado no se enseñoree de ti. No quieras por tanto confiar de ti, para que desde allí no se enseñoree de ti mucho más. Y cuando oímos: Si por el espíritu mortificareis las acciones de la carne, viviréis; no atribuyamos este bien tan grande a nuestro espíritu, como si por sí mismo pudiese esto. Pues para que no supiésemos aquel sentido carnal con un espíritu muerto más bien que mortificante, allí mismo añadió: Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios (Id. VIII, 13, 14). Así pues,

para que por nuestro espíritu mortifiquemos las obras de la carne, somos guiados por el Espíritu de Dios que da la continencia, con la cual refrenemos, domemos y vencamos la concupiscencia.

13. En esta tan gran batalla, en la cual vive el hombre bajo la gracia, y cuando bien pugna siendo ayudado, se goza en el Señor con temblor, no faltan sin embargo aun a los valerosos guerreros, y aunque invictos mortificadores de las obras de la carne, algunas heridas de pecados, por las cuales para ser sanadas cada día puedan decir verdaderamente: Perdónanos nuestras deudas (Mat. VI, 12): contra los mismos vicios, y contra el diablo príncipe y rey de los vicios, con mucho más vigilancia y ardor luchando con esa misma oración, para que no valgan nada sus mortíferas sugerencias, con las cuales además instiga al pecador a excusar más bien que a acusar sus pecados; y así aquellas heridas no solo no se sanen, sino incluso, aunque no eran mortíferas, se inflijan grave y letalmente. Y aquí por tanto hay necesidad de una continencia más cauta, con la cual se cohíba el apetito soberbio del hombre, por el cual se complace a sí mismo y no quiere ser hallado culpable, y se desdeña cuando peca, de ser convencido de que él mismo ha pecado; no recibiendo la acusación de sí con saludable humildad, sino más bien buscando una excusa con ruinoso elación. Para reprimir esta soberbia, pidió la continencia al Señor aquél, cuyas palabras ya he puesto más arriba, y según pude, las he encomendado. Porque habiendo dicho: Pon, Señor, una guardia a mi boca, y una puerta de continencia alrededor de

mis labios; no inclines mi corazón a palabras malignas; explicando más evidentemente de dónde decía esto, para inventar, dice, excusas en los pecados (Sal. CXL, 3, 4). Porque, ¿qué hay más maligno que estas palabras, con las cuales el malo niega que él sea malo, aun convencido de una mala obra que no pueda negar? Y puesto que no puede ocultar el hecho, ni puede decir que el hecho es bueno, y ve que lo hecho por él está patente, busca imputar a otro lo que hizo, como si por eso pudiera eximirse de lo que mereció. No queriendo ser él reo, añade más bien a su reato, y al excusar y no acusar sus pecados, ignora que no aparta de sí la pena, sino el perdón. Porque ante los jueces humanos, ya que pueden ser engañados, cualquier falacia como para purgar lo que se ha hecho perversamente, parece aprovechar algo por un tiempo: pero ante Dios, que no puede ser engañado, no se ha de aducir una defensa falaz, sino una confesión veraz de los pecados.

14. Y algunos por cierto que acostumbran excusar sus pecados, se quejan de ser impelidos a pecar por el hado, como si los astros hubieran decretado esto, y el cielo hubiera pecado primero decretando tales cosas, para que el hombre pecara después cometiendo tales cosas. Otros prefieren imputar a la fortuna lo que pecan: los que juzgan que todas las cosas se agitan por casos fortuitos; y sin embargo contienden saber esto y aseverarlo no por fortuita temeridad, sino por razón manifiesta. ¿Qué clase de demencia es, pues, atribuir sus disputas a la razón, y subyugar sus acciones a los casos? Otros refieren todo lo malo

que hacen al diablo: y no quieren tener ni parte con él, cuando pueden sospechar que por ocultas sugerencias él les persuadió cosas malas, pero no pueden dudar que a aquellas sugerencias, de dondequiera que fuesen, ellos consintieron. Los hay también que extienden su excusa hasta la acusación de Dios, miserables por juicio divino, mas blasfemos por su propia demencia. Porque en verdad contra él introducen desde un principio contrario una sustancia del mal que se rebela, a la cual no habría podido resistir, si no hubiera mezclado parte de su propia sustancia y naturaleza para ser contaminada y corrompida por ese mismo rebelde: y entonces dicen que pecan, cuando la naturaleza del mal prevalece sobre la naturaleza de Dios. Esta es la inmunísima insanidad de los maniqueos, cuyas maquinaciones diabólicas socava facilísimamente la indubitada verdad, que confiesa que la naturaleza de Dios es incontaminable e incorruptible. Y por otra parte, ¿qué de la flagiciosa contaminación y corrupción no se cree con mérito de aquellos, por los cuales se cree que Dios, que es suma e incomparablemente bueno, es contaminable y corruptible?

CAPÍTULO VI.

15. Contra otros que para excusarse, dicen que a Dios le agradan los pecados. Dios aun de los males hace el bien. El hombre hecho con potestad de pecar, ha de recibir como premio no poder pecar. Hay también quienes acusan a Dios de tal manera en la excusa de sus pecados, que dicen que a él le agradan los pecados. Pues si le desagradaran,

dicen, de ningún modo permitiría que se hicieran con su potencia, desde luego omnipotentísima. Cual si en verdad Dios hubiera permitido que los pecados quedasen impunes, incluso en aquellos a quienes por la remisión de los pecados libra del suplicio sempiterno. Porque de seguro nadie recibe el perdón de la pena más grave debida, sino pagando de algún modo la pena, aunque sea mucho menor de la que debía: y así se imparte la largueza de la misericordia, de modo que no se abandona siquiera la justicia de la disciplina. Porque también el pecado que parece inulto, tiene su pena que le sigue los pasos, para que nadie, o no se duela con amargura por lo cometido, o no se duela con ceguera. Como por tanto tú dices, ¿Por qué permite estas cosas, si le desagradan? así yo digo, ¿Por qué castiga estas cosas, si le agradan? Y por esto así como yo confieso que de ningún modo se harían estas cosas, si el Omnipotente no las permitiera; así tú confiesa que no se han de hacer las cosas que el Justo castiga: para que no haciendo las cosas que él castiga, merezcamos aprender de él por qué permite que existan las que castiga. Porque el alimento sólido, como está escrito, es para los perfectos (Heb. V, 14): en lo cual los que han aprovechado bien, ya entienden que perteneció más bien a la omnipotencia de Dios, que permitiera que existieran los males procedentes del libre albedrío de la voluntad. Porque es tan grande su omnipotente bondad, que incluso de los males puede hacer bienes, ya perdonando, ya sanando, ya adaptándolos y volviéndolos para las utilidades de los piadosos, ya

inclusive vindicando justísimamente. Pues todas estas cosas son buenas, y dignísimas del Dios bueno y omnipotente: y sin embargo no se hacen sino a partir de los males. ¿Qué hay por tanto mejor, qué hay más omnipotente que aquel que no haciendo nada del mal, hace bien aun a partir de los males? Los que han obrado mal claman a él: Perdónanos nuestras deudas (Mat. VI, 12): él oye, él perdona. Sus propios males dañaron a los pecadores: él los socorre y sana sus languideces. Se enfurecen los enemigos de los suyos: de la furia de ellos hace mártires. Por último, también condena a los que juzga dignos de condenación: aunque aquellos padezcan sus propios males, sin embargo él hace lo que es bueno. Porque lo que es justo no puede dejar de ser bueno: y ciertamente así como el pecado es injusto, así el suplicio del pecado es justo.

16. Sin embargo, a Dios no le faltó potestad para hacer al hombre tal, que no pudiera pecar: sino que prefirió hacerlo tal, que le fuese adyacente pecar, si quería; no pecar, si no quería: prohibiendo aquello, mandando esto: para que primero fuese para su buen mérito no pecar, y después justo premio no poder pecar. Porque aun tales ha de hacer a sus santos en el fin, que de ningún modo puedan pecar. Pues ciertamente tiene tales a sus Ángeles aun ahora, a quienes de tal modo amamos en él, que de ninguno de ellos tememos que por pecar se haga diablo. Lo cual no presumimos de ningún hombre justo en la mortalidad de esta vida. Mas confiamos que todos serán tales en la inmortalidad de aquella

vida. Pues el Dios omnipotente, que obra bienes aun partiendo de nuestros males, ¿qué clase de bienes dará, cuando nos haya liberado de todos los males? Muchas cosas pueden disputarse más copiosa y sutilmente acerca del buen uso del mal: pero esto ni lo hemos emprendido en este sermón, y su excesiva longitud se ha de evitar.

CAPÍTULO VII.

17. Los deberes de la continencia y la justicia tienden por igual a la paz. Contra la insania de los maniqueos sobre dos naturalezas en conflicto entre sí. La guerra inhiere en el hombre por la languidez contraída por la culpa, la paz será en el futuro sanada la languidez. Ahora pues, volvamos a aquello por cuya causa dijimos estas cosas. Tenemos necesidad de la continencia, y conocemos que ella es un don divino, para que no se incline nuestro corazón a palabras malignas para inventar excusas en los pecados. ¿Y para cohibir qué pecado no nos es necesaria la continencia, a fin de que no se cometa, cuando ella misma cohibe aun esto, para que si se hubiere cometido no se defienda con nefanda soberbia? Universalmente por tanto nos es necesaria la continencia, para que nos apartemos del mal. Pero para que hagamos el bien, se ve que pertenece a otra virtud, esto es, a la justicia. De esto nos amonesta el Salmo sagrado, donde leemos: Apártate del mal, y haz el bien. Pero con qué fin hagamos estas cosas, lo añadió enseguida, diciendo: Busca la paz, y síguela (Sal. XXXIII, 15). Porque entonces habrá para nosotros paz perfecta, cuando coheriendo nues-

tra naturaleza inseparablemente a su Creador, nada de nosotros mismos nos repugne. Esto el mismo Salvador quiso, por lo que a mí me parece, que se entendiera, donde dice: Estén vuestros lomos ceñidos, y vuestras lámparas ardientes. ¿Qué es ceñirse los lomos? Coercer las pasiones, lo cual es propio de la continencia. Y tener las lámparas ardientes, es lucir y arder en buenas obras, lo cual es propio de la justicia. Y tampoco aquí calló con qué fin hagamos estas cosas, añadiendo y diciendo: Y vosotros semejantes a hombres que esperan a su señor, cuándo volverá de las bodas (Luc. XII, 35, 36). Pues cuando hubiere venido, nos remunerará a nosotros, que nos hemos contenido de aquellas cosas que imperó la concupiscencia, y hemos hecho las que imperó la caridad: para que en su perfecta y sempiterna paz, sin ninguna contención de mal y con la suma delectación del bien, reinemos.

18. Todos nosotros por tanto que creemos en el Dios vivo y verdadero, cuya suma e inmutable naturaleza ni hace ningún mal, ni padece ningún mal, del cual procede todo bien, que incluso puede ser disminuido, y que por su propio bien que él mismo es de ningún modo puede ser disminuido, cuando oímos al Apóstol decir: Andad en el espíritu, y no cumpliréis las concupiscencias de la carne: porque la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne; pues estos se oponen mutuamente, para que no hagáis lo que quisierais (Gál. V, 16, 17); lejos esté que creamos lo que cree la insania de los maniqueos, que aquí se demuestran dos naturalezas que confligen desde

principios contrarios entre sí, una del bien, la otra del mal. En absoluto, ambas son un bien: y el espíritu es un bien, y la carne es un bien; y el hombre que consta de ambos, imperando el uno, sirviendo la otra, ciertamente es un bien, pero un bien mudable: el cual sin embargo no podría existir, sino a partir del bien inmutable, por el cual es creado todo bien, ya sea pequeño, ya sea grande; pero por pequeño que sea, no obstante ha sido hecho por el grande; y por grande que sea, de ningún modo, sin embargo, se ha de comparar con la grandeza de su hacedor. Pero en esta naturaleza buena del hombre, y bien fundada e instituida por el bueno, ahora hay guerra, porque la salvación aún no es. Sánese la languidez, y hay paz. Mas esta languidez la mereció la culpa, no la tuvo la naturaleza. La cual culpa por cierto la gracia de Dios por el lavacro de la regeneración ya la remitió a los fieles; pero bajo las manos del mismo médico la naturaleza aún conflige con su languidez. Pero en tal pugna la sanidad será toda una victoria: y no una sanidad temporánea, sino eterna; donde no solo se termine esta languidez, sino que en adelante no surja ninguna otra. Por lo cual el justo habla a su alma, y le dice: Bendice, alma mía, al Señor, y no quieras olvidar todas sus retribuciones: el cual se hace propicio a todas tus iniquidades, el cual sana todas tus languideces (Sal. CII, 2 y 3). Se hace propicio a las iniquidades, cuando perdona los pecados: sana las languideces, cuando reprime los deseos depravados. Se hace propicio a las iniquidades, dando indulgencia: sana las languideces, dando

continencia. Aquello se hizo en el Bautismo a los que confesaban, esto se hace a los que contienden en la agonía; en la cual nuestra enfermedad ha de ser vencida por nosotros mediante su ayuda. Aun ahora se hace aquello, cuando somos oídos diciendo: Perdónanos nuestras deudas: y esto, cuando somos oídos diciendo: No nos induzcas en tentación (Mat. VI, 12, 13). Porque cada uno es tentado, como dice el apóstol Santiago, siendo abstraído y halagado por su propia concupiscencia (Sant. I, 14). Contra cuyo vicio se pide auxilio medicinal a aquel que puede sanar todas las languideces de esta índole, no por la separación de una naturaleza ajena a nosotros, sino en la reparación de nuestra naturaleza. De donde también el predicho apóstol no dijo: Cada uno es tentado por la concupiscencia; sino que añadió, la propia: para que el que oye esto entienda cómo debe clamar: Yo dije, Señor, ten misericordia de mí; sana mi alma, porque he pecado contra ti (Sal. XL, 5). Porque no habría necesitado sanación, si ella misma pecando no se hubiera viciado, para que contra ella codiciara su propia carne, esto es, ella repugnara a sí misma por la parte por la cual se había debilitado en la carne.

CAPÍTULO VIII.

19. La carne codicia contra el espíritu, no porque sea una naturaleza enemiga, sino porque está viciada. Las concupiscencias de la carne provienen del vicio, y estas ciertamente pueden disminuirse aquí, pero no quitarse del todo sino en la otra vida. La concupiscencia de la carne

es aquí castigo del pecado, sanada la carne en los bienaventurados no existirá. Porque la carne nada codicia sino por medio del alma; pero se dice que la carne codicia contra el espíritu, cuando el alma con concupiscencia carnal resiste al espíritu. Todo esto somos nosotros: y la carne misma que muere al separarse el alma, nuestra parte ínfima, no se despide para huir de ella, sino que se depone para recibirla de nuevo, ni luego de recibida será dejada de nuevo. Porque se siembra un cuerpo animal, resucitará un cuerpo espiritual (I Cor. XV, 44). Entonces ya la carne nada codiciará contra el espíritu, cuando ella misma también sea llamada espiritual, puesto que se someterá al espíritu para ser vivificada eternamente, no solo sin ninguna repugnancia, sino también sin ninguna necesidad de alimento corporal. Estas dos cosas por tanto, que ahora se oponen mutuamente en nosotros, ya que en ambas estamos nosotros, oremos y obremos para que concuerden. Pues no debemos pensar que alguna de ellas es enemiga, sino el vicio por el que la carne codicia contra el espíritu: el cual sanado, él mismo no existirá, y ambas sustancias estarán a salvo, y entre ambas no habrá ninguna pugna. Oigamos al Apóstol: Yo sé, dice, que no habita en mí, esto es, en mi carne, el bien. Esto ciertamente lo dice, de seguro, porque el vicio de la carne en una cosa buena no es un bien: el cual cuando hubiere dejado de ser, habrá carne, pero ya no estará viciada o será viciosa. Sin embargo, que ella pertenece a nuestra naturaleza, el mismo doctor lo muestra, diciendo primero: Yo sé que no habita en mí: para exponer lo cual,

añadió, esto es, en mi carne. Así que dice que él es su carne. Por tanto ella no es nuestra enemiga: y cuando se resiste a sus vicios, a ella misma se le ama, porque a ella se le cura. Porque nadie aborreció jamás su propia carne (Efes. V, 29); como dice el mismo Apóstol. Y en otro lugar dice: Por consiguiente, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado. Oigan los que tienen oídos: Por consiguiente, yo mismo; yo con la mente, yo con la carne; pero con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado. ¿Cómo con la carne a la ley del pecado? ¿acaso consintiendo a la concupiscencia carnal? Lejos esté: sino teniendo allí movimientos de deseos, que no quería tener, y sin embargo los tenía. Pero no consintiendo a ellos, servía con la mente a la ley de Dios, y retenía los miembros, para que no se hicieran armas de pecado.

20. Hay por consiguiente en nosotros malos deseos, no consintiendo a los cuales no vivimos mal: hay en nosotros concupiscencias de pecados, a las cuales no obedeciendo no perfeccionamos el mal, pero teniéndolas aún no perfeccionamos el bien. Ambas cosas muestra el Apóstol, ni que el bien se perfecciona aquí, donde el mal se codicia así; ni que el mal se perfecciona aquí, cuando no se obedece a tal concupiscencia. Pues muestra lo primero donde dice: El querer me es adyacente, pero perfeccionar el bien no (Rom. VII, 18, 25): lo segundo, en cambio, donde dice: Andad en el espíritu, y no perfeccionaréis las concupiscencias de la carne. Porque ni allí dice que obrar el bien no le es adyacente; sino, perfeccionar: ni

aquí dice: No habréis de tener concupiscencias de la carne; sino, no habréis de perfeccionarlas. Se producen así pues en nosotros concupiscencias malas, cuando place lo que no es lícito: pero no se perfeccionan, al ser contenidas las pasiones, sirviendo la mente a la ley de Dios. Y se hace el bien, cuando lo que place malamente, venciendo la buena delectación no se hace: pero no se cumple la perfección del bien, mientras que sirviendo la carne a la ley del pecado, la pasión halaga, y aunque se la contenga, sin embargo se mueve. Pues no habría necesidad de que se la contuviera, si no se moviera. Alguna vez habrá también perfección del bien, cuando acabe la consunción del mal: aquello será sumo, esto no será nada. Pero si pensamos que esto ha de esperarse en esta mortalidad, nos engañamos. Pues entonces será, cuando no habrá muerte; y allí será, donde habrá vida eterna. Porque en aquel mundo y en aquel reino, el bien será sumo, el mal nulo; cuando y donde habrá el sumo amor de la sabiduría, nulo trabajo de continencia. Luego la carne no es mala, si carece de lo malo, esto es, del vicio con el que el hombre se vició, no habiendo sido hecho mal, sino haciéndolo él mismo. Porque por ambas partes, esto es, de alma y cuerpo habiendo sido hecho bueno por el Dios bueno, él mismo hizo el mal por el cual se hizo malo. Ya desatado a la vez del reato de este mal mediante la indulgencia, para no estimar leve lo que hizo, aún pugna contra su vicio mediante la continencia. Mas lejos esté de que haya vicio alguno en los que reinarán en aquella paz venidera; por cuanto en esta guerra

en los que aprovechan cada día se disminuyen, no solo los pecados, sino también las concupiscencias mismas, con las cuales no consintiendo se conflagra, y con las cuales consintiendo se peca.

21. Por consiguiente, que la carne codicie contra el espíritu, que no habite el bien en nuestra carne, que la ley en nuestros miembros repugne a la ley de la mente, no es una mezcla de dos naturalezas hecha por principios contrarios, sino división de una sola hecha contra sí misma por el mérito del pecado. No fuimos así en Adán, antes de que la naturaleza, habiendo oído y seguido a su engañador, hubiese despreciado y ofendido a su autor: esa no es la vida anterior del hombre creado, sino la posterior pena del condenado. De la cual condenación por Jesucristo librados por gracia, luchan libres con su pena, no aún con la salud plena, pero ya habiendo recibido la prenda de la salud: en cambio, no librados, y son reos de los pecados, y están implicados en los suplicios. Pero después de esta vida a los reos les quedará para siempre la pena por la culpa; a los libres no les quedará para siempre ni la culpa, ni la pena: sino que permanecerán para siempre las buenas sustancias del espíritu y la carne; las cuales Dios bueno e inmutable las creó buenas, aunque mutables. Y permanecerán cambiadas a mejor, para nunca más ser cambiadas a peor; consumido por entero todo mal, y lo que el hombre hizo injustamente, y lo que padeció justamente. Muriendo por completo estas dos clases de males, de los cuales uno es de la iniquidad precedente, y el otro de la infelicidad consecuente, será recta la

voluntad del hombre sin ninguna pravedad. Allí será para todos claro y perspicuo lo que ahora es creído por muchos fieles, entendido por pocos, que el mal no es una sustancia; sino como la herida en el cuerpo, así en la sustancia que se vició a sí misma, comenzó a ser iniciada la peste, y allí deja de ser, perfeccionada la sanidad. Todo mal por tanto, habiendo surgido de nosotros, y perdido en nosotros, nuestro bien también aumentado y perfeccionado hasta la cumbre de la más feliz incorrupción e inmortalidad, ¿cuál será cada una de nuestras sustancias? Puesto que ahora en esta corrupción y mortalidad, cuando aún el cuerpo corruptible agrava al alma (Sab. IX, 15), y lo que dice el Apóstol: el cuerpo está muerto a causa del pecado (Rom. VIII, 10), ¿sin embargo da tal testimonio el mismo a nuestra carne, esto es a nuestra parte ínfima y terrena, como para decir lo que poco antes conmemoré: Nadie jamás aborreció su propia carne; y al punto subyunte: sino que la nutre y la cría, como también Cristo a la Iglesia?

CAPÍTULO IX.

22. Que la carne por naturaleza no es mala, puesto que el Apóstol exhorta con el ejemplo de ella a amar a las esposas. Tres cópulas insinuadas por el Apóstol, todas buenas, de las cuales la tercera es de la carne y el espíritu. Por qué no se dio de la carne a la mujer ejemplo de sujeción. Con qué, pues, no digo, error, sino más bien furor, los maniqueos atribuyen nuestra carne a no sé qué fabulosa gente de las tinieblas, a la cual quieren haber tenido siempre su propia mala naturaleza

sin ningún principio: cuando el veraz doctor exhorta a los maridos a amar a sus esposas por el ejemplo de su propia carne, a quienes también exhorta a esto mismo por el ejemplo de Cristo y de la Iglesia? En fin, todo ese pasaje de la Epístola apostólica del mismo autor, tocante mucho al caso, ha de ser recordado: Maridos, dice, amad a vuestras esposas, así como Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola en el lavacro de agua en la palabra; a fin de presentársela para sí a una Iglesia gloriosa, no teniendo mancha, ni arruga, ni cosa alguna semejante; sino para que sea santa e inmaculada. Así, dice, también los maridos deben amar a sus esposas, como a sus propios cuerpos. Quien ama a su esposa, a sí mismo se ama (Efes. V, 25-29). Luego subyugó lo que ya hemos conmemorado: Porque nadie aborreció jamás su propia carne, sino que la nutre y la cría, como también Cristo a la Iglesia. ¿Qué dice a estas cosas la insania de la más inmunda impiedad? ¿Qué decís a estas cosas, maniqueos? que pretendéis inducir en nosotros como a partir de las Cartas apostólicas dos naturalezas sin principio, una del bien, otra del mal; y no queréis oír las Cartas apostólicas, que os corrijan de esa sacrílega perversidad. Así como leéis: La carne codicia contra el espíritu (Gál. V, 17); y, En mi carne no habita el bien: así leed: Nadie aborreció jamás su propia carne, sino que la nutre y la cría, como también Cristo a la Iglesia. Así como leéis: Veo otra ley en mis miembros que repugna a la ley de mi mente (Rom. VII, 18, 23): así leed: Como Cristo amó a la Iglesia, así también

los maridos deben amar a sus esposas, como a sus propios cuerpos. No seáis insidiosos en aquellos testimonios de la sagrada Escritura, en estos, sor-dos; y seréis en ambos corregidos. Pues si recibís estas cosas como es digno, intentaréis entender también aquellas como es verdadero.

23. El Apóstol nos insinuó ciertas tres cópulas, Cristo y la Iglesia, marido y mujer, espíritu y carne. De éstas las primeras miran por las segundas, las segundas sirven a las primeras. Todas son cosas buenas, cuando en ellas unas excelsamente prepuestas, otras decentemente sujetas custodian la hermosura del orden. Marido y mujer, cuáles deban ser entre sí, reciben precepto y ejemplo. El precepto es: Las mujeres estén sujetas a sus maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer; y, Maridos, amad a vuestras esposas. Y a las mujeres se les da ejemplo de la Iglesia, a los maridos de Cristo: Así como la Iglesia, dice, está sujeta a Cristo, así también las mujeres a sus maridos en todo. Similarmente también dado el precepto a los maridos, de que amen a sus esposas, añadió el ejemplo, Así como Cristo amó a la Iglesia. Pero a los maridos los exhortó también a partir de una cosa inferior, esto es, de su propio cuerpo; no solo de la superior, esto es, de su Señor. Pues no solo dice: Maridos, amad a vuestras esposas, así como Cristo amó a la Iglesia, lo cual es a partir de lo superior; sino que también dijo: Los maridos deben amar a sus esposas como a sus propios cuerpos (Efes. V, 22-28), lo cual es a partir de lo inferior: porque tanto las superiores como las inferiores son todas

cosas buenas. Y sin embargo la mujer no recibió ejemplo del cuerpo o de la carne, para que estuviera así sujeta al marido, como la carne al espíritu: sino que, o bien el Apóstol quiso que se entendiera de modo consiguiente, lo que omitió decir; o quizá porque la carne codicia contra el espíritu en la mortalidad y languidez de esta vida, por eso no quiso tomar de ella para la mujer ejemplo de sujeción. Mas para los maridos quiso por esto, porque aunque el espíritu codicie contra la carne, aun en esto mismo mira por la carne: no como la carne que codicia contra el espíritu, que con tal repugnancia no mira por el espíritu, ni por sí misma. Sin embargo el espíritu bueno no miraría por ella, ya sea nutriendo y criando por providencia la naturaleza de ella, o ya sea resistiendo por la continencia a sus vicios, si no fuera porque cada una de estas sustancias indicaría ambas a Dios como su artífice, aun por el decoro de este orden suyo. ¿Qué es, pues, que vosotros con verdadera demencia os jactáis de ser cristianos, y contendéis con tanta perversidad, con los ojos ciegos o más bien extintos, contra las Escrituras cristianas, aseverando que Cristo apareció a los mortales en carne falsa, y que la Iglesia en cuanto al alma pertenece a Cristo, en cuanto al cuerpo al diablo, y que el sexo viril y el mujeril son obras del diablo, no de Dios, y que la carne se adhiere al espíritu como una sustancia mala a una sustancia buena?

CAPÍTULO X.

24. La herejía de los maniqueos niega haber habido en Cristo carne verdadera. Dice que las almas pertenecen a Cristo, los cuerpos al diablo, y que uno y otro sexo son del diablo. Si os parece que responden poco las cosas que hemos conmemorado de las Cartas apostólicas, oíd aún otras, si tenéis oídos. ¿Qué dice de la carne de Cristo el insanísimo maniqueo? Que no fue verdadera, sino falsa. ¿Qué dice a esto el bienaventurado Apóstol? Acuérdate de que Cristo Jesús resucitó de entre los muertos de la simiente de David, según mi evangelio (II Tim. II, 8). Y el mismo Cristo Jesús dice: Palpad, y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo (Luc. XXIV, 39). ¿Cómo hay verdad en su doctrina, que predica que en la carne de Cristo hubo falsedad? ¿Cómo no había en Cristo ningún mal, en quien había tan grande mentira? Porque, por lo visto, para los hombres demasiado puros la carne verdadera es un mal, y no es un mal la falsa por verdadera: ¡es un mal la carne verdadera del que nace de la simiente de David, y no es un mal la lengua falsa del que dice: Palpad, y ved que un espíritu no tiene huesos y carne, como veis que yo tengo! De la Iglesia, ¿qué dice el engañador de los hombres en su error mortífero? Que por la parte de las almas pertenece a Cristo, por la parte de los cuerpos al diablo. ¿Qué dice a esto el Doctor de las Gentes en fe y verdad? ¿No sabéis, dice, que vuestros cuerpos son miembros de Cristo (I Cor. VI, 15)? Del sexo del varón y de la mujer, ¿qué dice el hijo de perdición? Que ambos sexos no son de Dios, sino del diablo. ¿Qué dice a esto el

Vaso de elección? Así como, dice, la mujer procede del varón, así también el varón por medio de la mujer; pero todas las cosas proceden de Dios (Id. XI, 12). De la carne, ¿qué dice por el maniqueo el espíritu inmundo? Que es una sustancia mala, ni hechura de Dios, sino de su enemigo. ¿Qué dice a esto por Pablo el Espíritu Santo? Porque así como el cuerpo, dice, es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, aunque sean muchos, son un solo cuerpo; así también Cristo. Y poco después: Dios, dice, dispuso los miembros, cada uno de ellos en el cuerpo, como quiso. Asimismo poco después: Dios, dice, temperó el cuerpo, dando mayor honra a la parte que carecía de ella, para que no hubiese escisiones en el cuerpo, sino para que los miembros se preocupen mutuamente los unos de los otros: y si padece un miembro, se compadecen todos los miembros; o si es glorificado un miembro, se congratulan todos los miembros (Id. XII, 12-26). ¿Cómo es mala la carne, cuando se amonesta a las propias almas para que imiten la paz de sus miembros? ¿Cómo es criatura del enemigo, cuando las mismas almas que rigen a los cuerpos, para no tener escisiones de enemistades entre sí, toman ejemplo de los miembros del cuerpo, para que lo que Dios otorgó al cuerpo por naturaleza, amén también ellas tenerlo por gracia? Con razón escribiendo a los romanos, Os ruego, dice, hermanos, por la misericordia de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en hostia viva, santa, agradable a Dios (Rom. XII, 1). No sin causa contendemos que las tinieblas son luz, y que la luz es tinieblas, si de los

cuerpos de la gente de las tinieblas presentamos a Dios una hostia viva, santa, agradable.

CAPÍTULO XI.

25. En qué consiste la comparación de la carne y de la Iglesia. Pero, dicen, ¿cómo por una cierta similitud se compara la carne a la Iglesia? ¿Acaso codicia la Iglesia contra Cristo; habiendo dicho el mismo apóstol, La Iglesia está sujeta a Cristo (Efes. V, 24)? Totalmente está sujeta la Iglesia a Cristo: porque por esto el espíritu codicia contra la carne, para que de toda parte la Iglesia se sujete a Cristo; mas la carne codicia contra el espíritu, porque la Iglesia aún no ha recibido la paz que se prometió perfecta. Y por esto la Iglesia está sujeta a Cristo en virtud de la prenda de la salud, y la carne codicia contra el espíritu por la debilidad de la languidez. Pues no eran no-miembros de la Iglesia aquellos a quienes decía estas cosas: Andad en el espíritu, y no perfeccionaréis las concupiscencias de la carne. Porque la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne: pues estos se oponen mutuamente; para que no hagáis lo que quisierais (Gál. V, 16 y 17). Estas cosas ciertamente se decían a la Iglesia, la cual si no estuviera sujeta a Cristo, no codiciaría en ella el espíritu contra la carne mediante la continencia. Por lo cual ciertamente podían no perfeccionar las concupiscencias de la carne, pero codiciando la carne contra el espíritu no podían hacer las cosas que querían, esto es, tampoco las mismas concupiscencias de la carne tener. Luego, ¿por qué no confesaríamos en los hombres espirituales a la

Iglesia sujeta a Cristo, y en los carnales codiciar aún contra Cristo? ¿O acaso no codiciaban contra Cristo, a quienes se decía: ¿Está dividido Cristo? (I Cor. I, 13)? y, No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales. Como a pequeñuelos en Cristo os di a beber leche, no vianda; porque aún no podíais: pero ni ahora podéis; pues aún sois carnales. Porque habiendo entre vosotros celos y contienda, ¿no sois carnales (Id. III, 1-3)? ¿Contra quién codicia el celo y la contienda, sino contra Cristo? Pues estas concupiscencias de la carne Cristo las sana en los suyos, pero en ningunos las ama. De donde la santa Iglesia mientras tiene incluso tales miembros, aún no es sin mancha y arruga. A esto se añaden también aquellos pecados, por los que la voz cotidiana de toda la Iglesia es: Perdónanos nuestras deudas (Mat. VI, 12): de los cuales, para que no pensáramos que los espirituales están ajenos, no cualquier carnal, ni cualquiera de los mismos espirituales, sino aquel que se reclinaba sobre el pecho del Señor, y a quien amaba más que a los demás (Juan XIII, 23), Si dijéramos, dice, que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (I Juan I, 8). Mas en todo pecado, más en el mayor, menos en el menor, sin embargo se codicia contra la justicia. Y de Cristo está escrito: El cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, y justicia, y santificación, y redención (I Cor. I, 30). En todo pecado, por consiguiente, se codicia sin duda contra Cristo: pero el que sana todas nuestras languideces (Sal. CII, 3), cuando hubiere llevado a la Iglesia a la prometida sanidad de la

languidez, entonces en ninguno de sus miembros habrá mancha o arruga por mínima que sea. Entonces de ningún modo la carne codiciará contra el espíritu; y por eso no habrá ninguna causa por la que incluso el espíritu codicie contra la carne. Entonces percibirá fin toda esta pugna, entonces habrá suma concordia de ambas sustancias: entonces hasta tal punto no habrá allí nadie carnal, que hasta la carne misma sea espiritual. Lo que por tanto hace ahora con su carne cada cual que vive según Cristo, cuando codicia a la vez contra la mala concupiscencia de ella, a la que contiene para ser sanada, a la que tiene aún no sanada; y sin embargo nutre y cría su buena naturaleza, puesto que nadie aborreció jamás su propia carne (Efes. V, 29): esto también hace Cristo con la Iglesia, en cuanto es lícito comparar lo menor a lo mayor. Pues también con reprensiones la reprime, no sea que inflada por la impunidad se disuelva; y con consolaciones la erige, para que agravada por la enfermedad no sucumba. De aquí es aquello del Apóstol: Porque si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados: mas cuando somos juzgados, somos corregidos por el Señor, para que no seamos condenados con este mundo (I Cor. XI, 31 y 32). Y aquello en el Salmo: Según la multitud de mis dolores en mi corazón, tus consolaciones han alegrado mi alma (Sal. XCIII, 19). Entonces, por tanto, se ha de esperar la perfecta sanidad de nuestra carne sin ninguna repugnancia, cuando será cierta la seguridad de la Iglesia de Cristo sin ningún temor.

CAPÍTULO XII.

26. La continencia de los maniqueos y de ciertos otros, sobre todo herejes, es falsa. Asimismo la continencia de algunos es inmunda, para que por artes mágicas lleguen a las esposas ajenas. Hubiera bastado haber disputado estas cosas por la veraz continencia contra los maniqueos que se contienen falsamente, a fin de que la labor fructuosa y gloriosa de la continencia, al cohibir y refrenar a nuestra parte ínfima, esto es, el cuerpo, de los placeres inmoderados e ilícitos, no se crea que es perseguirlo con hostilidad, sino castigarlo saludablemente. El cuerpo en verdad es de una naturaleza diversa de la del ánimo, pero no es ajeno a la naturaleza del hombre. Porque el ánimo no consta del cuerpo; mas sin embargo el hombre consta de ánimo y cuerpo: y ciertamente a quien Dios libera, libera a todo el hombre. De donde también el Salvador mismo asumió a todo el hombre, habiéndose dignado liberar en nosotros todo lo que hizo. ¿A los que sienten contra esta verdad, de qué les aprovecha contener las pasiones? si es que acaso contienen algunas. ¿Qué puede hacerse limpio en ellos mediante la continencia, cuya continencia es de tal suerte inmunda? la cual ni siquiera se ha de nombrar continencia. Pues sentir lo que sienten es virus del diablo; mientras que la continencia es don de Dios. Pero así como no todo el que padece algo, o tolera con muchísima paciencia cualesquier dolores, tiene esa virtud, que de manera similar es don de Dios, y se llama paciencia: pues muchos

toleran muchos tormentos, para no delatar en sus crímenes a los cómplices consigo, o a sí mismos; muchos por saciar sus más ardientes pasiones, y obtener, o no dejar aquellas cosas por las cuales están atados con el vínculo de un depravado amor; muchos por diversos y perniciosos errores, por los que son fuertemente retenidos; a todos los cuales lejos esté que digamos que tienen verdadera paciencia: así no todo el que contiene algo, o incluso contiene admirablemente las mismas pasiones de la carne o del ánimo, ha de decirse que tiene esa continencia de la cual disertamos acerca de su utilidad y decoro. Porque algunos, lo que puede parecer asombroso decirlo, por incontinencia se contienen a sí mismos; como si una mujer se contuviera [de llegarse] a su marido, porque esto lo juró al adúltero. Algunos por injusticia, como si un cónyuge no devolviera a su consorte el débito de mezclar el sexo, porque él o ella ya puede vencer tal apetito del cuerpo. Asimismo algunos se contienen engañados por una fe falsa, y esperando cosas vanas, y siguiendo cosas vanas: entre los cuales están todos los herejes, y cualquiera que bajo el nombre de la religión es engañado por algún error; de los cuales la continencia sería verdadera, si fuera también verdadera la fe: mas como aquella por esto ni siquiera se ha de llamar fe, porque es falsa, sin duda también esta es indigna del nombre de continencia. ¿Acaso de la continencia, a la que muy verdaderamente llamamos don de Dios, vamos a decir que es pecado? Lejos esté de nuestros corazones tan detestable demencia. Pero el bienaventurado Apóstol dice,

Todo lo que no es de fe, es pecado (Rom. XIV, 23). Aquella, por tanto, que no tiene fe, ni siquiera se ha de nombrar continencia.

27. Hay también quienes sirviendo abiertamente a demonios malignos, se contienen de los placeres corporales, para por medio de ellos saciar placeres nefandos, cuyo ímpetu y ardor no contienen. De donde para que diga algo, y calle lo demás por la longitud del discurso; algunos no tocan ni siquiera a sus propias esposas, mientras que como puros por artes mágicas intentan llegar a las esposas ajenas. ¡Oh admirable continencia, y más bien iniquidad e inmundicia singular! Pues si fuera verdadera continencia, más debía la concupiscencia de la carne contener del adulterio, que [contener] del matrimonio para perpetrar el adulterio. A esta concupiscencia de la carne por cierto suele relajarla la continencia conyugal, y a sus frenos imponer moderación hasta tal punto, que ni en el mismo matrimonio se desborde con inmoderada licencia, sino que se custodie la medida, o bien debida a la debilidad del cónyuge, al cual esto no se lo manda el Apóstol según imperio, sino que se lo concede según venia (I Cor. VII, 6), o bien acomodada a procrear hijos, lo cual fue la única causa de mezclar mutuamente la carne también para los padres y madres santos de otro tiempo. Pero la continencia al hacer esto, esto es, moderando y en cierto modo limitando en los cónyuges la concupiscencia de la carne, y ordenando en cierto modo dentro de ciertos confines su inquieto y desordenado movimiento, usa bien del mal del hombre, a quien hace y quiere

perfeccionar bueno: así como Dios usa también de los hombres malos, a causa de los que perfecciona buenos.

CAPÍTULO XIII.

28. La continencia no solo cohíbe y rige las pasiones del cuerpo, sino también las concupiscencias del ánimo. Los movimientos depravados del alma han de ser cohibidos por la continencia, negando el consentimiento y rechazando aun la delectación del pensamiento. Lejos esté, pues, que digamos que tienen la continencia, de la cual dice la Escritura: Y esto mismo era propio de la sabiduría, saber de quién era este don (Sab. VIII, 21), también aquellos que conteniéndose, o bien sirven a errores, o vencen algunas concupiscencias menores para saciar otras, por cuya grandeza son vencidos. Mas aquella que es verdadera continencia, venida de arriba, no quiere oprimir unos males con otros males, sino sanar todos los males con los bienes. Para abarcar brevemente su acción: el oficio de la continencia vigila para coercer y sanar todas las delectaciones de la concupiscencia, cualesquiera que sean, que se oponen a la delectación de la sabiduría. De donde sin duda la miden más estrechamente, quienes definen que ella cohíbe solo las pasiones del cuerpo: mejor por cierto aquellos, que no añaden del cuerpo, sino que en general dicen que rige la pasión o concupiscencia que pertenece a la continencia. La cual concupiscencia se pone en el vicio, y no solo es del cuerpo, sino también del ánimo. Pues si la concupiscencia del cuerpo está

en las fornicaciones y embriagueces, ¿acaso las enemistades, contiendas, pleitos, en fin, las animosidades, se ejercen en los placeres del cuerpo, y no más bien en los movimientos y perturbaciones del ánimo? Sin embargo, a todas estas obras las llamó el Apóstol de la carne, ya fuesen las que propiamente perteneciesen al ánimo, o a la carne, llamando ciertamente al mismo hombre con el nombre de carne (Gál. V, 19-21). Puesto que obras del hombre son las que no se dicen de Dios; por cuanto el hombre que hace estas cosas, vive según sí mismo, no según Dios, en cuanto hace estas cosas. Mas hay otras obras del hombre, que más bien han de llamarse obras de Dios. Porque es Dios, dice el Apóstol, quien obra en vosotros el querer y el obrar, por su buena voluntad (Fil. II, 13). De ahí es también aquello: Pues cuantos son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios (Rom. VIII, 14).

29. Así pues, el espíritu del hombre adhiriéndose al Espíritu de Dios, codicia contra la carne, esto es, contra sí mismo; pero a favor de sí mismo, para que los movimientos, ya en la carne, ya en el alma, según el hombre, no según Dios, que aún existen por la languidez adquirida, sean cohibidos por la continencia, a fin de adquirir la salud: para que el hombre no viviendo según el hombre, pueda ya decir: Mas vivo, ya no yo, antes vive en mí Cristo (Gál. II, 20). Porque donde no [hay] yo, allí [hay] un yo más feliz; para que cuando surge algún movimiento réprobo según el hombre, al cual no consiente quien con la mente sirve a la ley de Dios, diga también aquello: Ya no obro

yo aquello (Rom. VII, 17). Ciertamente a tales se dicen aquellas cosas que como socios y partícipes de ellos debemos oír: Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas que son de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; saboread las cosas que son de arriba, no las que están sobre la tierra. Porque estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios: cuando apareciere Cristo, que es vuestra vida, entonces también vosotros apareceréis con él en gloria. Entendamos a quiénes habla, o más bien oigamos con más atención. Porque ¿qué hay más claro que esto? ¿qué más abierto? Ciertamente habla a los que habían resucitado con Cristo, aún no en verdad con la carne, sino con la mente; a los cuales llama muertos, y por esto más vivos: pues vuestra vida, dice, está escondida con Cristo en Dios. De tales muertos es la voz: Mas vivo, ya no yo, antes vive en mí Cristo. De aquellos cuya vida, por tanto, estaba escondida en Dios, se les amonesta y exhorta para que mortifiquen sus miembros que están sobre la tierra. Porque eso sigue: Mortificad, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra. Y para que alguien demasiado tardo no pensara que esos miembros visibles del cuerpo debían ser mortificados por tales, abriendo a continuación qué dice: Fornicación, dice, inmundicia, perturbación, mala concupiscencia y avaricia, que es servidumbre de los ídolos. ¿Acaso se ha de creer que esos que ya estaban muertos, y su vida estaba escondida con Cristo en Dios, aún fornicaban, aún vivían en costumbres inmundas y en obras, aún servían a las perturbaciones de la mala con-

cupiscencia y a la avaricia? ¿Qué demente sentiría tales cosas de tales personas? ¿Qué quiere, pues, que mortifiquen, a saber, con la obra de la continencia, sino a los mismos movimientos que aún viven en cierta interpelación suya, sin consentimiento de nuestra mente, sin operación de los miembros corporales? ¿Y cómo se mortifican estos con la obra de la continencia, sino cuando con la mente no se les consiente, ni se les exhiben los miembros del cuerpo como armas; y lo que es mayor, y con mayor cuidado de vigilancia de la continencia se ha de curar, que también nuestro mismo pensamiento, aunque sea tocado de algún modo por la sugerencia y como susurro de ellas, sin embargo se aparta de ellas para que no le deleiten, y se convierte a pensar las cosas super-nas más deleitosamente; por esto nombrándolas en los sermones, para que no se habiten en ellas, sino que se huya de ellas? Lo cual se hace, si oímos eficazmente, ayudando Aquel mismo que manda esto por medio de su Apóstol: Buscad las cosas que son de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; saboread las cosas que son de arriba; no las que están sobre la tierra.

CAPÍTULO XIV.

30. La fe sin obras no salva. Los vicios de la carne han de ser debelados constantemente. En el combate de la continencia las fuerzas y la victoria se han de referir a Dios. Mas habiendo conmemorado aquellos males, añadió y dijo: Por causa de los cuales viene la ira de Dios sobre los hijos de la infidelidad. Ciertamente aterró saludablemente

te, no fuese que los fieles pensaran que por su sola fe, aunque viviesen en estos males, podían salvarse; reclamando el apóstol Santiago contra ese sentido con voz manifestísima y diciendo: Si alguien dijere que tiene fe, pero no tuviere obras, ¿acaso podrá la fe salvarle? (Sant. II, 14). De donde también aquí el Doctor de las Gentes dijo que por causa de esos males viene la ira de Dios sobre los hijos de la infidelidad. Pero cuando dice: En los cuales también vosotros alguna vez anduvisteis, cuando vivíais en ellos; muestra asaz que en ellos ya no vivían. Porque a estos estaban muertos, para que su vida estuviera escondida en Dios con Cristo. Luego, como ya no vivían en ellos, se les mandaba ya mortificar tales cosas. Pues para ellos mismos no viviendo en ellas, aquellas cosas vivían; como poco antes ya mostré: y se les llamaba miembros suyos, a saber, esos vicios que habitaban en sus miembros, por un modo de locución a través del que contiene a lo contenido; como se dice: Todo el foro habla de ello, cuando hablan los hombres que están en el foro. Por ese mismo modo de locución se canta en el Salmo: Toda la tierra te adore (Sal. LXV, 4); esto es, todos los hombres que están en la tierra.

31. Pero ahora deponed, dice, también vosotros todas las cosas (Col. III, 1-8); y conmemora muchos males de esta índole. Pero, ¿qué es, que no le basta decir: Deponed vosotros todas las cosas; sino que añadiendo la conjunción dijo: también vosotros? Sino para que no pensaran por esto hacer estos males, y vivir impunemente en ellos, porque su fe los libraría de la ira, que

viene sobre los hijos de la infidelidad que hacen esas cosas, y en estas sin fe viven. Deponed, dice, también vosotros aquellos males por los cuales viene la ira de Dios sobre los hijos de la infidelidad; y no os prometáis la impunidad de ellos por el mérito de la fe. Y no diría: Deponed, a los que ya habían depuesto por la parte por la que no consentían a tales vicios, ni les daban sus miembros como armas de pecado, sino porque en este hecho está, y en esta obra se versa aún, mientras somos mortales, la vida de los santos. Pues mientras el espíritu codicia contra la carne, este asunto se lleva con gran intensidad, para que a las delectaciones depravadas, a las pasiones inmundas, a los movimientos carnales y torpes, se resista con la suavidad de la santidad, con el amor a la castidad, con el vigor espiritual, y con el decoro de la continencia: así son depuestos por aquellos que están muertos a ellos, y no viviendo en ellos al no consentir [a ellos]. Así, digo, son depuestos, mientras por continuada continencia, para que no resurjan, son reprimidos. Cualquiera que, como seguro por esta deposición de ellos, cesare, de inmediato saltarán a la fortaleza de la mente, y desde allí la depondrán a ella misma, y la reducirán a su propia servidumbre, cautiva torpe y deformemente. Entonces reinará el pecado en el cuerpo mortal del hombre para obedecer a sus deseos; entonces exhibirá sus miembros como armas de iniquidad para el pecado (Rom. VI, 12), y las postrimerías de aquel serán peores que los principios (Mat. XII, 45). Porque es mucho más tolerable no haber comenzado un certamen de

esta índole, que habiendo comenzado el conflicto abandonarlo, y hacerse cautivo de un buen batallador o aun de un vencedor. De donde el Señor no dice: El que haya comenzado; sino: El que haya perseverado hasta el fin, este será salvo (Id. X, 22).

32. Mas ya sea para que no seamos vencidos peleando acerbamente, o bien venciendo algunas veces con facilidad aun inesperada o inopinada, demos gloria a aquel que nos da la continencia. Acordémonos de que un cierto justo dijo en su abundancia: No seré movido jamás; y de que se le demostró cuán temerariamente dijo esto, como tributando a sus propias fuerzas lo que se le otorgaba de arriba. Mas esto lo aprendimos de él mismo confesándolo: pues pronto añadió: Señor, en tu voluntad otorgaste virtud a mi decoro; mas apartaste tu rostro, y fui conturbado (Sal. XXIX, 7, 8). Por providencia medicinal fue desamparado un poco por el rector, no fuera que por fatídica soberbia desamparara él mismo al rector. Ya sea, pues, aquí, donde pugnamos con nuestros vicios para domarlos y menguarlos; o bien allí, lo cual será en el fin, donde careceremos de todo enemigo, porque [careceremos] de toda peste; nos va saludablemente con que el que se gloría, se gloríe en el Señor (I Cor. I, 31).